

John  
Le Carré.



## LIBROS

### La última carga de Smiley

DE nuevo George Smiley con sus espías a cuestas. La reciente novela de Le Carré nos devuelve el universo mítico y despiadado de los agentes secretos, con todo el talento y el estilo que han hecho del famoso escritor inglés el maestro más importante del género en nuestros días.

"La gente de Smiley" (1) tiene un arranque fulgurante, un buen desarrollo y un final pobre por que la trama (bastante absurda a

(1) La gente de Smiley. John Le Carré. Argos Vergara. Barcelona, 1980.

medida que avanza la acción) ya no da para más. Y sin embargo, la novela se salva por otros factores. Para empezar, está el clima. Esa atmósfera cerrada y obsesionante que sirve de revelado al retrato de los personajes. Unos personajes convencionales o no, pero tan "genuinos" que, en ocasiones, parecen respirar a través del texto.

Luego está el lenguaje: triste, clínico y envolvente. Un lenguaje repleto de sugerencias, que deja entrever casi siempre más de lo que dice, como corresponde a un mundo donde el claroscuro y la doblez son moneda corriente.

La historia de este libro podría ser definida como "la última batalla" del superagente Smiley, quien emerge de las sombras de su retiro para amarrar un cabo

suelto del pasado y enfrentarse con la mediocridad y el oportunismo de sus sucesores en el servicio secreto.

El tono de guerra fría de esta novela es premonitorio de los tiempos que parecen avecinarse. El sistema soviético es criticado con desprecio y una cierta beligerancia. Sólo Karla, el jefe del departamento supersecreto de la KGB, que termina desertando a Occidente chantajeado por Smiley, deja atisbar algunos signos de humanidad paterna, los cuales, debido a la "maldad intrínseca" del sistema de poder controlado desde Moscú, serán la causa de su fracaso y el motivo de su "pase" a la trinchera enemiga. La moraleja, al final, es desoladora. El mundo occidental está enmiestado y corrompido, pero aun así (y dado que no hay ninguna otra solución) es preferible —según Le Carré— a lo que hay más allá del Muro de Berlín. La elección es entre lo malo y lo peor.

Hay un intento constante en esta novela de evocar el pasado como algo, por un lado, irrecuperable, y por otro, fatalmente condicionador. El viejo y rechoncho domador de espías, George Smiley, contempla cómo el presente destruye lo que parecía apuntado, y cómo la evolución de las

cosas siempre es un remedio de la misma cosa. Todo se pudre y se degrada con el paso del tiempo, aunque permanezca el recuerdo de los "buenos días" anteriores, que quizá, en realidad, tampoco fueron buenos nunca. He aquí lo que puede considerarse una de las claves de la novela, expresada en treinta páginas magistrales donde se relata la entrevista de Smiley con Connie, la fantasmal y moribunda secretaria, archivo viviente del mundo de los espías, que se desvanece como una época superada del "Servicio" y espera paciente y sosegadamente la muerte en la helada soledad de un bosque inglés.

Junto a todo esto hay algo que Le Carré no ha podido evitar, y es el "pastiche" de algunas situaciones, la reiteración de ciertos "tics" narrativos para satisfacción de su gran público, el autoplagio de escenas que parecen trasplantadas de otras novelas anteriores. Smiley, después de esta obra, está agotado como personaje y debe morir literariamente para liberar a Le Carré de su propia criatura y permitirle seguir abriendo caminos nuevos en la novelística de ese submundo secreto donde se refleja la cara turbia del Poder. ■ FERNANDO MARTINEZ LAINEZ.

## ADIÓS A LAS LETRAS

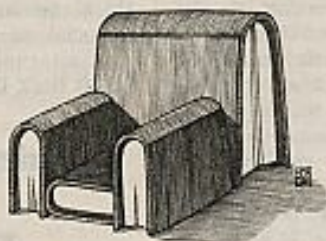
A Horacio Nelson lo repelieron los canarios, pero al resto de los ingleses no los repele nadie.

Esta semana, por ejemplo, es una típica semana inglesa, en la que la noble invasión de los anglosajones se recibe con esperanza y con gozo. Con esperanza se recibe la biografía —"el estudio de la personalidad" prefiere llamarlo él— que Ian Gibson ha hecho sobre José Antonio Primo de Rivera. Al tiempo, el Old Vic, una de las compañías de teatro clásico más prestigiosas del Reino Unido, se presenta una vez más en Madrid esperando reconquistar un público que le es fiel.

Si a estas actividades de los anglosajones en España se suma la capacidad de penetración literaria que han logrado últimamente, no cabe duda de que estamos viviendo en plena colonización cultural británica.

Hace dos décadas nos colonizaron con los Beatles, que eran la imagen inglesa más repetida en nuestro subconsciente colectivo. Ahora no es tan alegre e iconoclasta la iconografía que nos venden, pero siguen siendo efectivos los ingleses.

La pasada semana, por ejemplo, hablan logrado encabezar las listas de los libros más vendidos en España. Las dos obras mejor situadas eran dos obvias opciones entre los libros de gran consumo que se está produciendo: Frederick Forsyth y John Le Carré, en efecto, aparecen en la cúspide de estas listas, observados de cerca por Manuel Vázquez Montalbán y Rosa Montero, colocados como dos caballos de Viena cerca de aquellos dos horses de Cornualles.



### Semana inglesa

Lo que distingue a los escritores "best-sellers" anglosajones de los autores más vendidos entre los españoles es que aquéllos suelen encabezar las listas también en su país. Quiero decir que rara vez hay colonización en los primeros lugares de esas antipáticas listas, porque el monopolio suele ser nacional. Nosotros somos tan generosos con el extranjero que somos capaces, incluso, de fabricar nuestras obras literarias de modo que puedan dejar paso en estas clasificaciones a los que nos vengan de fuera.

Ian Gibson podría ser el próximo "best-sellers", traído de la mano de José Antonio a la nueva gloria de la investigación histórica que ya probó cuando publicó aquel extraordinario recuento del asesinato de Federico García Lorca. El viernes 27 de marzo se presenta su nuevo libro, que fue Premio Espejo de España, y que coincide en el mercado con un título que si los españoles fuéramos más morbosos ya hubiéramos colocado también entre los de lectura más generalizada. Me refiero a "El vicio inglés", en el que Gibson se detiene en ese sadomasoquismo anglosajón que ha mantenido incólume, por ejemplo, a Margaret Thatcher en la cúspide política del Reino Unido. Después de un ensayo sobre sadomasoquismo, Gibson se martirizó a sí mismo estudiando nuestro intrincado pasado. Recibió su premio y ahora recibirá otro, porque este británico es protagonista de una irresistible ascensión. Su protagonismo en esta semana inglesa queda sólo menguado por la aparición del Old Vic, pero, como uno y otro juegan en campos distintos, no cabe duda de que ambos nos volverán a ganar en Madrid. ■ SILVESTRE CODAC.